CAPITULO UNDECIMO.

JACOB.

I. LAS MANDRAGORAS

Las mandrágoras que Raquel compró á su hermana según se nos refiere en el capítulo XXX del Génesis, dieron ocasión á G. C. Horst, para acusar á la Escritura de apoyar la fe supersticiosa de los antiguos en la fe prolífica de esta poma. Se lee en el lugar citado que: *habiendo salido Rubén al campo en tiempo de la siega del trigo, se encontró con unas mandrágoras que llevó á su madre Lia. Díjole Raquel: dame una parte de las mandrágoras de tu hijo, etc.*

Para apreciar toda la fuerza de esta objeción, debemos advertir que entre los antiguos se atribuían cualidades maravillosas á la mandrágora. Los árabes la creían poderosa para producir la locura, por lo cual la llamaban manzana del diablo. Según Esiquio, la misma Venus se llamó en algunas partes, *mandragorita*, y sus frutos solían llamarse *manzanita de amor*. Si damos fe á Dioscórides, la Mandrágora es lo mismo que la kirkaia ó sea la planta circense, porque se creía que la famosa maga Circe usaba de ella

en sus encantos. Filón dice que la mandrágora echa bajo tierra unas raíces semejantes al cadáver humano, por lo que Pitágoras la llama *antrapomorfon* y Columella *semi-hombre*. Matiolo dice que hubo no pocos impostores que de la raíz de la brionia, que hacían pasar por mandrágora y que tiene la forma de los muslos y piés del hombre, la vendían como si debajo de la tierra hubiera sido algo animado, que con peligro de la vida lograron extraer del pié de algún patíbulo y que entre otras virtudes ocultas tenía la de dar la fecundidad á las estériles. Raquel, por consiguiente, nos dicen, que era estéril, deseaba vehementemente comer las mandrágoras movida de su virtud prolífica.

A esto respondemos dos cosas:

1.º Aunque así fuera, esta fe supersticiosa de Raquel en nada se opone á la santidad ó veracidad de la Escritura. Ni Moisés aprueba ó alaba el hecho de Raquel, ni atribuye á las mandrágoras la fecundidad que ésta obtuvo, tanto más cuanto que José nació tres años después. Quédese pues á Raquel, la responsabilidad de sus supersticiones, si es que las tuvo, y no se culpe de ellas al fiel historiador, ya que nunca se ha hecho á éste responsable de las supersticiones ó errores que profesaron aquellos cuya historia narra.

2.º No es inconcuso que el fruto hallado por Rubén fuese una mandrágora. El nombre hebreo *dodim* significa seno, y quizás

San Gerónimo lo virtió por mandrágora en vista de las cualidades prolíficas que en su tiempo se atribuían á esta última fruta. Rossenmüller opina que el *dodaim* es la manzanita llamada por los persas *distinbujeh*, como leemos en la versión pérsica. Esta planta se encuentra por toda la Persia, Siria y Egipto, y es de óptimo olor y sabor, por lo que las mujeres orientales, suelen traerla en la mano lo mismo que el limón. Esto nos hace pensar, que Raquel, sin conceder á la mandrágora cualidad alguna maravillosa, bien pudo desearla por su belleza y fragancia.

II. LA ZOOTECNIA DE JACOB.

Todos cuantos hayan leído el capítulo XXX del Génesis, conocerán el ingenioso medio de que se sirvió Jacob, para obtener sucesivamente ovejas manchadas ó de un solo color. Colocaba delante de los abrevaderos unas varas en parte descortezadas unas veces y otras sin descortezar obteniendo así respectivamente crías de uno ó más colores.

¡Cosa singular, dice Voltaire! ¿qué hombre en su juicio puede creer tales cosas? Si del color de las cosas que rodean á la madre dependiera el color de la cria ¿no todos los becerros que nacen en el campo serían verdes?

Desde luego, notemos que Voltaire supone que este hecho es debido exclusivamente á las fuerzas naturales. Pero es falso que

Dios no influyese con especial y extraordinaria providencia en este suceso, pues que el mismo Jacob, atribuye de este modo á Dios el aumento de sus riquezas. Sin embargo, exceptuando á los padres griegos que unánimamente creen milagrosa esta multiplicación, la mayor parte de los padres latinos y de los exégetas modernos y entre ellos el abate Moigno, creen que esto fué exclusivo efecto de las fuerzas naturales puestas en juego por el ingenio de Jacob. Este último autor aduce multitud de ejemplos tomados de la práctica de ganaderos. El benemérito de la crítica sagrada P. Vigouroux dice que si esto no nos consta aún de un modo que no deje lugar á la duda, es porque todavía no conocemos perfectamente las fuerzas de la naturaleza, por lo que debemos esperar de las nuevas y cuotidianas experiencias de los ganaderos la confirmación de este hecho.

Sea lo que fuere de estas opiniones, debemos tener por cierto: 1.° Que no hay razón alguna por la que consultando las leyes de la naturaleza debía decirse que el modo de obrar de Jacob y los efectos que de allí se siguieron fueron absurdos é imposibles. 2.° Que de repetidas observaciones hechas sobre el influjo de la imaginación de la madre en varias particularidades del color, forma, etc. de los hijos; así como de la constante práctica de los ganaderos, el hecho referido en el capítulo XXX del Génesis debe juzgarse sumamente verosímil.